

Nele Neuhaus

Elena
Una vida al galope

Traducción:

MARINELLA TERZI

MAEVA  young

Prólogo

La lluvia había cesado. La gruesa capa de nubes grises se resquebrajó y, tras echarle un vistazo al cielo desde la puerta del establo, Elena Weiland decidió dar un paseo a caballo durante una hora, a pesar de lo avanzado de la tarde. El verano llegaba a su fin y durante los meses siguientes tendría que contentarse con montar en el picadero cubierto.

La chica puso un pie en el estribo y se impulsó sobre la silla de su poni tordo. Cuando percibió que se dirigían al campo y no a la pista de equitación, *Sirius* irguió las orejas. Con un trote ligero, condujo a su joven amazona por el sendero de tierra en dirección a la linde del bosque, pero Elena lo guio a la izquierda, hacia los campos de cultivo y los prados. Levantó la cabeza y observó el vuelo de las grullas, que se recortaban formando una V sobre el cielo gris claro de octubre, en su viaje hacia el sur. El gorjeo de las aves sonaba como una nostálgica despedida del verano, de repente tan lejano. Los vistosos colores de las hojas palidecían con la llegada de la noche; el oro brillante y el rojo se transformaban en un amarillo mortecino y un marrón terroso. La naturaleza perdía su fuerza.

Elena volvió la cara para protegerse del viento y levantó con una mano el cuello de la chaqueta. Las fuertes ráfagas arrancaban las hojas de las ramas, sacudían los árboles y ahuyentaban el calor de los últimos días estivales, anunciando la llegada del frío.

Sirius comenzó a galopar y Elena lo dejó hacer. No detuvo al animal hasta llegar a la cima de la colina, y una vez allí se giró. Le gustaba la vista que había de la finca El Mirlo; se veía tan pequeña que parecía una granja de juguete. Se puso en pie sobre los estribos y observó el panorama. Alrededor del picadero cubierto se agolpaban las construcciones de los distintos establos; junto a ellos, unas manchas claras, peladas: las pistas al aire libre. En el aparcamiento que había entre el picadero cubierto, el restaurante y la casa se veían unos cuantos coches y, más adelante, entre el granero y los dos castaños grandes, el tractor iba y venía sin tregua, como un brillante escarabajo de color rojo. Si se concentraba, Elena podía distinguir por encima del viento el runrún del motor.

Elena había nacido y se había criado allí. La finca El Mirlo era su hogar, y ella no se cansaba de contemplarla desde arriba cuando llegaba a ese lugar. Pero *Sirius*, impaciente, quería continuar la marcha. El poni conocía bien todos los senderos y trechos adecuados y disfrutaba corriendo a galope tendido tanto como la propia Elena.

Después de un rato, el poni y su amazona alcanzaron la linde del bosque y se sumergieron en el espeso mar de árboles. Entre los troncos apenas se oía el viento; solo se movían las copas, y la fronda del estrecho sendero amortiguaba el sonido de los cascos del caballo. Un corzo apareció sin hacer el menor ruido. Los miró sorprendido, se quedó

quieto unos segundos y desapareció dando unos graciosos saltitos en la oscuridad del bosque. *Sirius* se asustó y salió al galope. Elena sonrió y dejó correr al capón tordo.

Cuando llegaron a una encrucijada, ella obligó al animal a frenar su galope. Pronto anoecería, y no podían alejarse mucho. Condujo a *Sirius* a la derecha, al paso. El grueso pelaje que le acababa de crecer humeaba ya en el ambiente frío. A izquierda y derecha del camino, los altos abetos y pinos, abatidos por una tormenta la primavera pasada, formaban una especie de catedral gótica –ya había reparado en ello durante la última excursión que hizo con sus compañeros de clase– y creaban cierto ambiente de recogimiento. Doscientos metros más allá terminaba el bosque.

Tenía frente a ella el amplio cercado donde pastaba la manada de potros que habían pasado allí todo el verano en libertad. Pronto las noches serían demasiado frías, y entonces los llevarían a la finca para que pasaran el invierno en los boxes, los espaciosos compartimentos de los establos donde se acumulaba heno en abundancia.

La niebla cubría los prados, y daba la impresión de que los caballos flotasen por encima de la hierba. Uno de los potros, un alazán claro con un lucero grande en la frente, alzó la cabeza, miró con curiosidad a Elena y a su poni y emitió un relincho agudo. Los demás lo imitaron y se acercaron, primero al paso, luego al trote. Elena, que conocía a todos los caballos desde su nacimiento, gritó sus nombres. La siguieron desde el otro lado de la valla, y cuando el cercado les impidió seguir corriendo a su altura se detuvieron y se quedaron mirando cómo enfilaba el estrecho camino que conducía a la finca El Mirlo. Elena

sabía que los caballos permanecerían allí un rato más y luego se darían la vuelta para dispersarse por el prado. Abajo, en la granja, se distinguían ya las primeras luces.

Elena sonrió al divisar la acostumbrada vista de la finca. ¡Qué suerte tenía de vivir en un lugar tan hermoso!

1

Siempre que pasa algo realmente malo en la vida, sucede sin ningún tipo de aviso previo. A veces, ni siquiera te das cuenta. Desde luego, aquel viernes de octubre yo no tenía ni idea de la catástrofe que el día traería consigo; más bien al contrario. Al principio, todo fue de maravilla. En la segunda hora nos devolvieron los trabajos de lengua.

–¡Una redacción muy buena, Elena! Excelente, tanto por la forma como por el contenido, y realmente emocionante –dijo la señora Wernke, nuestra tutora. Me quedé boquiabierto cuando abrí el cuaderno y vi aquel diez, rojo y de trazo grueso, al final de mi texto. La lengua, junto con sociales y naturales, era una de mis asignaturas preferidas, pero nunca me habían puesto un diez.

–¿Qué nota tienes? –No es que Ariane se muriera por hablar conmigo, pero en ese momento era incapaz de dominar su curiosidad y se había vuelto hacia mí.

–Un diez –le respondí con tanta humildad como pude.

–Felicidades –dijo haciendo un esfuerzo, con un brillo hostil en sus ojos azul cielo. Luego se colocó su melena rubia sobre los hombros con un movimiento lánguido y me dio la espalda.

Ariane no soportaba que alguien fuera mejor que ella, y menos aún si se trataba de mí. Años antes, en la escuela primaria de Steinau, habíamos sido amigas, pero de eso hacía mucho tiempo.

Aparte de mí, nadie más había obtenido un diez. Tampoco Ariane, y eso la consumía. Era más que evidente que encontraría la ocasión de hacérmelo pagar, y no esperó mucho tiempo. En la cuarta hora, el señor Graubner, el profesor de mates, me sacó a la pizarra precisamente a mí, a pesar de que no levanté ni un segundo la cabeza del libro que tenía delante. Odiaba ser el blanco de las miradas del resto de la clase.

–Divide el producto de once por siete entre doce menos cinco y réstale a quince el cociente resultante.

–¿Eh...? ¿Qué? –Allí estaba yo, con la tiza en la mano, mirando como una idiota la pizarra vacía y notando el rubor que teñía mi rostro. Alguien se rio a mis espaldas, y eso lo hizo todavía más difícil. Mil ideas acudieron a mi cabeza, pero ninguna de ellas era la solución del problema.

–¡Shhh! –susurró el señor Graubner en dirección a la clase–. ¿Qué pasa, Elena? ¿No lo sabes?

–Nooo –tuve que admitir.

El profesor arqueó las cejas, como anunciando todo tipo de desgracias, y me tendió la mano, en silencio, para que le devolviera la tiza.

–¿Quién de vosotros lo sabe? –preguntó sin mirarme más.

Nadie se movió. Solo Ariane sonreía de oreja a oreja mientras yo, colorada como un tomate, pasaba a su lado para volver a mi sitio.

–Diez en lengua, cuatro en mates –murmuró con claridad. Tessa y Ricky, sus perritos falderos, le rieron la gracia.

–¿Ariane? –El señor Graubner la llamó, justo como ella pretendía.

–¿Quién? ¿Yo? – Ariane abrió mucho los ojos mientras se daba con el dedo en el pecho. Puro teatro. Sin duda alguna, era la mejor de la clase en matemáticas.

–Sí, tú, si te parece bien. –El profe le tendió la tiza con una sonrisa, creyendo que por fin la iba a pillar.

Ariane corrió a la pizarra, se echó el pelo rubio hacia atrás y no tardó ni diez segundos en solucionar el problema.

–Muy bien –dijo el señor Graubner, algo decepcionado al percatarse de que había caído de lleno en la trampa.

–Era muy fácil. –Ariane hizo una mueca en señal de triunfo en mi dirección–. Una niñería.

Después de la sexta hora, esperaba con impaciencia a mi mejor amiga, Melike, que iba a tercero. La lluvia golpeaba el tejado del pabellón y formaba grandes charcos en el patio. Puntual, coincidiendo con la llegada de las vacaciones de otoño, el verano se había despedido de nosotros, y desde hacía una semana llovía casi sin interrupción. El autobús salía a la una y cinco, y apenas nos quedaban diez minutos para llegar a la parada. Una riada de cientos de estudiantes salía del colegio y pasaba delante de mí. Por fin apareció Melike, una de las últimas.

–El Wilhelm quería hablar conmigo –dijo poniendo los ojos en blanco–. La he vuelto a fastidiar con el examen de latín, qué mal. ¡Imagínate, quería saber si estaba enamorada! –Mi amiga se moría de la risa.

–¡Qué chorrada! ¿En serio? ¿Y tú qué le has dicho? –le pregunté con una mueca irónica.

–Nada. –Melike se encogió de hombros e hizo otra mueca–. Pero creo que piensa que lo estoy. Lo que ocurre es que paso del latín completamente. ¿Para qué sirve?

Me quité la capucha de mi anorak azul. No hacía falta que nos diéramos prisa; el autobús se había marchado hacía rato. Frente a nosotras, en la puerta del colegio, estaban Ariane y su amiguita del alma, Laura Baumgarten, agarradas del brazo y refugiadas bajo un paraguas gigante de color amarillo chillón, como unas hermanas siamesas que llevaran toda la vida pegadas. Ariane no tenía que ir en autobús como el resto de los mortales, a quienes miraba por encima del hombro; su madre o alguna de las numerosas canguros que circulaban por casa de la familia Teichert la llevaban por la mañana al colegio y la recogían a mediodía. Justo cuando pasábamos junto a ellas, el todoterreno blanco de su madre se detuvo en la acera.

–¡Eh, Ariane! –dijo Melike antes de que yo pudiera impedirselo–. ¡Hemos perdido el autobús! ¿Nos podéis llevar?

–¡Oh, lo siento! Vamos a comer a La Strada –respondió la muy arrogante, sin mirarnos siquiera–. Lo siento de verdad.

Laura y ella se miraron, se rieron y subieron a aquel todoterreno ostentoso. Las puertas se cerraron y el vehículo salió zumbando.

–¡Menuda idiota! –gritó Melike enfadada, y a continuación imitó su manera de hablar afectada–: ¡Vamos a La Strada! A lo mejor me como un filete de ternera diminuuuto o unos langostiinos. ¡Puaj!

El restaurante La Strada era uno de los más distinguidos de Königshofen. Una vez mi madre fue allí a comer con mi padre y luego nos contó que era tan elegante que en la carta ni siquiera figuraban los precios.

–Te lo tendría que haber dicho –comenté–. Hoy nos han dado los trabajos de lengua corregidos y yo soy la única que ha sacado un diez. ¡Ariane está que se sube por las paredes!

–¿En serio? ¡Eso es genial!

Corrimos bajo la lluvia en dirección a la parada, y yo sonreí para mis adentros mientras Melike seguía metiéndose con Ariane, Laura y el profesor de latín. A mí me daba igual, me alegraba imaginar la cara que iba a poner mi madre cuando le enseñara el cuaderno con el trabajo de lengua. Le iba a encantar, seguro. La mayor parte de mis compañeros habían tenido que inventarse algo para la redacción titulada «El día más emocionante de mi vida», pero yo no le di muchas vueltas y opté por describir la dramática historia del accidente que sufrió mi potro *Fritzi* tres años atrás.

Cuando llegamos a la parada, el enfado de Melike se había evaporado. En el quiosco nos compramos un curucho de patatas cada una –Melike con ketchup, yo con mayonesa– y luego nos sentamos en los escalones de la heladería.

–¿Vendrás esta tarde a la cuadra? –le pregunté, lamiendo la mayonesa de mis dedos.

–Sí, claro –asintió Melike con la boca llena–. No sé si mi madre habrá salido a montar esta mañana, pero a *Dicky* no le vendrá mal salir dos veces.

Dicky, que en realidad se llamaba *Jasper*, era el caballo de la madre de Melike, pero ella no tenía mucho tiempo para él y se alegraba cuando lo montaba su hija.

–Mi padre se va a un concurso hípico –dije mientras rebañaba las últimas patatas del cucurucho grasiento–. Podemos usar el picadero grande y montar unos cuantos obstáculos.

Mi padre era jinete profesional, y casi todos los fines de semana competía en distintos lugares de Alemania y a veces del extranjero. Christian –mi hermano mayor– y yo llevábamos toda la vida rodeados de caballos y los dos montábamos, claro.

En realidad, la finca El Mirlo pertenecía a mi abuelo, que era profesor de equitación y se ocupaba de gestionar el negocio. La abuela era la responsable del restaurante El Abrevadero, al que no solo acudían amantes de la hípica; en verano se abría una gran terraza ideal para tomarse una cerveza.

–Mmm..., qué ricas. –Melike estrujó la bolsa y la tiró a la papelera que había junto a la escalera–. Seguro que la boba de Ariane no aparece hoy por la cuadra.

–Yo tampoco creo que lo haga –dije con el ceño fruncido–. Christian también se va al concurso, así que no habrá nadie ante quien pueda exhibirse.

El padre de Ariane era dueño de tres caballos que estaban en pupilaje con nosotros. Mi padre los entrenaba y participaba con ellos en los concursos. El señor Teichert era agente de Bolsa, o algo parecido, y estaba forrado. Él y su

peripuesta mujer no tenían ni la más remota idea de caballos, pero eran buenos clientes.

Laura, la compañera de clase de Melike, también tenía un caballo que adiestrábamos en nuestra cuadra.

Yo también había terminado mis patatas. Observé nuestra imagen reflejada en la cristalera de la heladería. Al lado de Melike, tan guapa con aquella tez morena heredada de los antepasados turcos de su padre, sus grandes ojos marrones oscuros, sus dientes blancos como la nieve y su brillante pelo negro, me veía tan fea como un poste de telégrafos. Envidiaba horrores el físico de mi amiga; ansiaba el día en que el aparato dental y los granos de mi cara quedaran atrás. El pelo era lo único que me gustaba. Era rubia, como mi madre. Me parecía mucho a ella en las fotos de su juventud, y eso me hacía albergar la ligera esperanza de llegar a tener su aspecto algún día.

Mientras le daba vueltas a mi físico, un todoterreno verde oscuro bastante sucio frenó justo delante de nosotras.

–Vaya, mierda, Tim Jungblut y su padre –dije, y me subí la capucha para taparme la cara–. ¡No se te ocurra mirar!

A mí tal vez no me habría visto, pero era imposible no reparar en Melike, con su chaqueta de color amarillo chillón. En medio de aquel día tan gris, relucía como un faro en la niebla.

Se bajó la ventanilla y apareció un chico de pelo castaño claro.

–¿Habéis perdido el autobús? –preguntó con una sonrisa.

–Qué vaaa, estamos sentadas bajo la lluvia por pura diversión –respondió Melike con sarcasmo.

–¡Venga, subid! –El chico bajó de un salto y mantuvo la puerta abierta, invitándonos a entrar–. Steinau nos pilla de paso.

–Yo no puedo –le susurré a mi amiga–. Si mi padre se entera de que he ido en el coche de los Jungblut, me mata.

–No se enterará. –Melike me empujó sin más–. Es mejor que estar una hora debajo de la lluvia.

A mí también me lo parecía. De hecho, de alguna manera me resultaba emocionante, porque tenía absolutamente prohibido intercambiar una sola palabra con ningún miembro de la familia Jungblut. Murmuré un «hola» y me acomodé junto a Melike en el asiento trasero, entre una silla de montar y un montón de mantas.

–¡Buenas, señoritas! –El padre de Tim nos echó un vistazo y salió pitando.

Richard Jungblut era tratante de caballos y jinete de saltos como mi padre. Era el dueño de la finca El Sol, que estaba en Hettenbach, un pueblecito al otro lado del bosque. La enemistad con los Jungblut era una tradición familiar recíprocamente correspondida, sobre todo en lo que respectaba a los hombres. Yo no sabía de dónde procedía aquel odio, y nunca me había molestado en pensar en ello. Era así y punto.

Naturalmente, Tim y yo nos conocíamos desde pequeños; al fin y al cabo íbamos al mismo colegio y solíamos coincidir casi todos los fines de semana en algún concurso, pero ni en sueños se me habría ocurrido hablar con él, porque era el hijo de Richard Jungblut y, por tanto, un enemigo. Estaba en cuarto, en el mismo curso que

Christian, y montaba de maravilla. El verano anterior había ganado un montón de premios en la categoría M,* e incluso tres en la categoría S,** montando los caballos que vendía su padre.

Richard Jungblut no pronunció ni una palabra en todo el trayecto. Me topé dos veces en el retrovisor con su inquisidora mirada de penetrantes ojos azules y desvié la mía de inmediato. ¿Sabría quién era yo? Probablemente no. Si lo hubiera sabido, me habría echado del coche para dejarme tirada en medio de la carretera. Era como estar sentada sobre ascuas. Nunca se me habían hecho tan largos los doce kilómetros hasta Steinau, a pesar de que el padre de Tim cruzó Königshofen como una exhalación y enfiló la carretera a toda pastilla.

Melike charlaba como de costumbre, pero yo no logré articular palabra. ¿Qué habría podido decir? Así que nadie salvo Melike hablaba, y un rato después tampoco a ella se le ocurrió nada más. Suspiré de alivio cuando el todoterreno verde se detuvo en la parada del autobús frente al ayuntamiento.

–Gracias por acercarnos –murmuré mientras salía como el rayo al encuentro de la lluvia.

* En Alemania, las distintas categorías en los saltos ecuestres se clasifican por medio de letras y están delimitadas por la altura y la anchura de los obstáculos, así como por el número de estos a lo largo del recorrido. La M se compone de un mínimo de ocho obstáculos en el interior, o nueve en el exterior, con una altura de 120 a 130 centímetros y una anchura de 115 a 145 centímetros. (*N. de la T.*)

** Categoría S: nueve obstáculos, en el interior, o diez, en el exterior, con una altura de 135 a 145 y una anchura cualquiera. (*N. de la T.*)

El señor Jungblut asintió, Tim nos gritó «¡adiós!», se cerró la puerta y el coche desapareció con un rugido del motor.

Rebusqué en los bolsillos de la chaqueta la llave del candado con el que cada mañana aseguraba la bici en el estacionamiento de bicicletas que había al lado de la parada. Melike vivía a tan solo unas calles del ayuntamiento y podía ir andando a su casa, pero a mí me quedaban aún cerca de dos kilómetros; El Mirlo estaba fuera de Steinau, al borde del bosque, rodeada de campos y prados.

–¡Hasta luego, entonces! –le grité a mi amiga.

–¡Estaré allí a las tres! –me respondió.

2

Me puse la capucha y recorrí el camino del prado. Pasé por delante del polideportivo y del pabellón, tratando de no resbalar en las roderas embarradas que dejaban los tractores. El duro invierno estaba a la vuelta de la esquina; pronto no podríamos cabalgar más que en el picadero cubierto y anochecería a las cinco de la tarde. Habría que esquilar a los caballos y protegerlos contra el frío con gruesas mantas. Y nosotros, los humanos, a pesar de los plumas, las bufandas y los guantes, nos helaríamos en el establo y en el picadero.

Sonó una bocina detrás de mí. Miré por encima del hombro y me aparté al estrecho arcén de hierba para que el gran remolque pudiera adelantarme. «Caballos-Pferde-chevaux-Horses», se leía en gruesas letras en la parte trasera del camión, y debajo: «Compraventa de caballos Nötzli-Adliswil, Suiza». Pedaleé con más fuerza. ¡Quizá llegaran caballos nuevos a la finca!

Cuando entré en la granja, el conductor del camión estaba maniobrando aquel mastodonte para tratar de bordear el estercolero. A lo largo de los años se había construido mucho en la finca: varias cuadras, almacenes para pienso y guadarneses y, entre ellos, unos patios

intercomunicados en los que tanto la gente de fuera como los nuevos clientes solían perderse. El núcleo central estaba constituido por el picadero cubierto grande, al que se habían adosado la cuadra de los caballos que se empleaban en las clases y el lavadero. Delante, frente a la parte estrecha del picadero cubierto, se encontraba la antigua cuadra de los sementales, en la que los clientes guardaban sus caballos. Luego estaban la cuadra central, la cuadra larga, la cuadra pequeña y, al fondo del todo, la cuadra vieja, que se reservaba exclusivamente para los caballos con los que competía mi padre. Mientras que la mayoría de las cuadras eran modernas y funcionales, esta tenía algo especial. Era de techos altos y aireada, y los caballos tenían ventana al exterior con vistas a la pista de saltos y a la de galope, así como al corredor que había entre las cuadras.

El conductor del señor Nötzli estacionó frente a la entrada de la cuadra vieja y saltó de la cabina.

–¡Hola! –le grité jadeando mientras apoyaba la bici en la pared de la cuadra.

–¿Qué hay? –me respondió.

Yo lo conocía porque solía traer caballos a la finca. El tratante suizo Gerhard Nötzli hacía negocios con mi padre con frecuencia. Nos mandaba caballos jóvenes, con posibilidades, para que mi padre los adiestrara y los presentara en las competiciones. Luego los vendían y papá recibía un tanto por ciento. A veces enviaba también caballos que se negaban a saltar en los concursos, se encabritaban o tenían otros vicios. A esos había que corregirles los defectos para que pudieran ponerse a la venta de nuevo. A veces eso era muy difícil.

–Os traigo dos caballos –dijo el hombre echando un vistazo a su reloj–. Tengo que llegar a Holanda hoy mismo. ¿Puedes preguntarle a alguien dónde los dejo?

–Sé dónde hay boxes libres –respondí entrando en la cuadra. Aspiré con fuerza el olor familiar a caballo y heno que me invadió de inmediato.

De Jens, nuestro adiestrador, no había ni rastro. En su lugar vi una silla en el suelo y, a su lado, unas bridas sucias; la puerta del guadarnés estaba abierta de par en par. Qué típico, me dije; recogí la silla y la colgué en su sitio. En cuanto mi padre se marchaba de la cuadra, Jens lo dejaba todo plantado, se ponía a hablar por teléfono o se metía en su cuarto. Encontré un box vacío al lado de *Sirius*, en la cuadra pequeña, y otro más en la cuadra larga. Los caballos podrían quedarse allí hasta que mi padre decidiera otra cosa.

El hombre había bajado ya del camión un hermoso caballo castaño con una señal que iba desde la frente hasta el hocico. El animal caracoleaba y relinchaba nervioso. Sus orejas se movían hacia delante y hacia atrás: como les suele suceder a los caballos nuevos, le excitaba estar en un lugar desconocido. Tendí la mano hacia el ramal.

–Mejor el otro –dijo el conductor–. Este es un poco especial.

Yo no podía soportar que los adultos me trataran como a una niña pequeña; ya tenía trece años, no cinco.

–Podré con él –aseguré, y el hombre me alargó finalmente la cuerda, aunque de mala gana.

–¡Ten cuidado! –me gritó. Asustado, el animal pegó un respingo, dio un cabezazo y levantó la cola. No era la

primera vez que tenía que vérmelas con un caballo nervioso.

–No tengas miedo –le dije con suavidad, palmeándole el cuello con la mano libre. El caballo me miró, con ojos dubitativos, y bufó.

–Venga, vamos. Cálmate. No te va a pasar nada.

En efecto, el castaño se fue tranquilizando y me siguió obediente hasta la cuadra.

Una vez que bajó al segundo, el hombre me entregó la carpeta con los papeles del transporte y la documentación de los dos animales. Observé cómo cerraba la rampa y la puerta del camión mientras yo me preguntaba de dónde procederían los otros caballos y adónde los llevaría.

Sería genial estar todo el día con caballos en lugar de pasar las horas muertas en el colegio. Trabajar con ellos resultaba excitante y siempre era diferente. Claro que no era muy placentero tener que barrer el estiércol de los boxes todos los días, limpiar caballos y sillas y hacer un montón de cosas más. Muchas chicas soñaban con ser adiestradoras sin saber lo que se les venía encima, y luego se rajaban enseguida. Pero yo sabía con toda seguridad que, al terminar el colegio, me dedicaría a algo relacionado con los caballos. Era emocionante observar cómo iban evolucionando, distinguir si tenían un día bueno o malo. Al igual que los humanos, cada animal tenía su personalidad, sus gustos y sus manías. Algunos eran curiosos o juguetones, otros querían caricias todo el tiempo, y luego estaban los que necesitaban mano dura porque podían llegar a ser muy insolentes. Los había que aprendían rápido y los que tenían que ejercitarse una y otra vez hasta que por fin entendían.

En cuanto el camión desapareció entre los charcos del patio, Jens surgió de la nada bostezando y desperezándose.

–¿Quién era? –murmuró medio dormido, sacando del bolsillo una cajetilla aplastada.

–El camionero de Nötzli –respondí–. Ha traído dos caballos y le he enseñado los boxes libres donde meterlos. No quería despertarte.

Jens se cabreó.

–Se podrá parar a mediodía, digo yo –comentó de malos modos.

–Claro que sí. –Me volví. No soportaba a Jens con aquellos ojos de sapo, su acné y su pelo grasiento. Era impaciente y muchas veces rudo con los caballos, pero mi padre lo necesitaba porque solo no podía con todo el trabajo. Era difícil encontrar a un hombre cumplidor que preparara bien a los caballos más jóvenes para las competiciones. Y Jens sabía hacerlo. Por eso yo mantenía la boca cerrada y trataba de apartarme de su camino.

–Te has olvidado de cerrar el guadarnés. Y había una silla de las buenas tirada en el suelo de la cuadra. –Eso no pude callármelo.

–Pues guárdala –replicó Jens, mordaz.

–Ya lo he hecho.

–Cuéntaselo a papá –murmuró dolido, pisando la colilla con el tacón frente a la puerta de la cuadra–. Niña pija.

–Sapo con granos –respondí.

Así terminaban la mayor parte de las conversaciones entre Jens y yo. «Niña pija» todavía resultaba hasta simpático; tenía un sinfín de nombres para mí mucho más hirientes, aunque yo sabía defenderme.

Fui a buscar la bici y la empujé por la cuadra. Al mediodía no había mucho que hacer; los caballos ganduleaban en sus boxes o mascaban heno. Frente a la puerta abierta estaba *Robbie*, nuestro perro boyero de Berna, echado sobre su manta de cuadros. Al ver que me acercaba, se puso en pie y empezó a sacudir el rabo con alegría. Sin embargo, en cuanto me vio montarme en la bici para ir hacia la casa, volvió a tumbarse con un suspiro y siguió durmiendo.